

Caribe interior excéntrico: un asomo a un espacio wayuu

Juan Duchesne Winter

Más allá de la isla

El campo de los estudios literarios y culturales hispanocaribeños se estructura en torno al paradigma de la isla. Se pensaría que no puede ser de otra manera, dado que el archipiélago más grande del hemisferio recorre como una vértebra esta subregión del espacio latinoamericano. Pero hay que preguntarse qué necesidad existe de suplementar la abundancia de islas concretas con una maqueta operativa de la isla que genera tropos y dispositivos de poder. Como si el accidente topográfico no bastara, se generan metáforas y compartimentaciones que sobre-determinan y subsumen el espacio geocultural e inciden en el propio campo discursivo caribeñista. ¿Cuál es la productividad específica del modelo isla en el sistema geocultural colonial/neocolonial que define al Caribe y a la América Latina?

No me propongo contestar aquí esa pregunta, pero sí adelantar algunas consideraciones mínimas que inciden en su respuesta. Un repaso somero de recientes ejercicios interpretativos ofrece algunas claves al respecto.¹ Aquí

enfoco un ejemplo notable. El ensayo muy bien titulado *La isla que se repite*, de Antonio Benítez Rojo, nos ofrece la culminación e hipóstasis del insularismo caribeño. Ahí se nos dice que el Caribe es isla sobre todas las cosas y que la isla es omnipresente. La multiplicidad ya proverbial de la gran cuenca pelágica donde comenzó la colonización de Abya Yala se reduce así a la isla ideal que, como sacada de un diálogo platónico, es todas las islas y no es ninguna: una sola isla que se repite: “Ese origen, esa isla-centro, es tan imposible de fijar —advierte Benítez Rojo— como aquella hipotética *Antilia* que reaparecía una y otra vez, siempre de manera furtiva, en los portulanos de los cosmógrafos” (v).

Es de sobra conocido que la figura de la isla, de antigua genealogía, ha plasmado el imaginario colonialista de occidente. En dicho imaginario la isla del lejano sur sirve de maqueta en miniatura para el proyecto de colonización. Por eso, en la literatura y la iconografía occidental toda isla, sea habitada o no, se traduce en isla desierta, en pantalla disponible para la proyección del deseo del sujeto occidental. El imaginario occidental procede por desertificar la figura de la isla para habilitarla como hipó-

1 En su ya clásico ensayo de 1971, “The Caribbean as a Socio-cultural Area,” donde define el Caribe como ámbito estrictamente insular, Sidney Mintz confina esa área “societal” a las islas comprendidas entre las Bahamas y el litoral marino de Venezuela. Dara Goldman (2008) examina la proliferación del tropo isleño en los discursos literarios y metaliterarios caribeños.